

EL PROGRAMA FASCISTA

Il Comunista, 27 de noviembre de 1921.

El diario fascista, junto al manifiesto del partido, ha publicado un amplio artículo que viene a sumarse a otros anteriores y que pretende defender el movimiento frente a esas acusaciones que le llueven de todas partes sobre su falta de programa, ideología y doctrina. El líder fascista responde a este coro de reproches con cierta irritación: ¿Ustedes son los que nos piden un programa? ¿Y me lo piden ustedes a mí? ¿Acaso no les parece que ya lo formulé en mi discurso de Roma? Y finalmente encuentra una respuesta no exenta de valor polémico: ¿acaso los movimientos políticos que se muestran tan decepcionados tienen un programa digno de tal nombre? Ante esto podemos decir dos cosas: en primer lugar, que precisamente los partidos burgueses y pequeñoburgueses no tienen programa porque esperaban uno del fascismo; en segundo lugar, no hay que reprochar al fascismo su falta de programa, pues precisamente este es uno de los elementos que nos permiten comprender y definir su naturaleza

El director de este diario fascista, que sin embargo no va ser el órgano del partido, trata de demostrar que si el fascismo no tiene ni programa ni cánones doctrinales es porque surge de las más modernas corrientes del pensamiento filosófico, de las teorías de la relatividad que, según él, han hecho tabla rasa con ese historicismo que se dedica a construir esquemas a los que adaptar los acontecimientos, unas nuevas teorías que reafirman el valor del activismo absoluto (aunque en filosofía cuando algo no es relativo es absoluto, este absoluto activismo se presenta aquí como primogénito del relativismo). Este descubrimiento del Duce se presta a no pocas bromas: lo que él viene haciendo desde hace muchos años no es más que relativismo intuitivo (!), y se pregunta qué politicastro puede decir otro tanto y reivindicarse “relativista práctico”.

Hay que señalar que esta aplicación del relativismo, del escepticismo y del activismo a la política no tiene nada de nuevo. Es, por el contrario, un repliegue ideológico muy típico que se explica objetivamente por las exigencias que requiere la defensa de la clase dominante, tal y como nos enseña el materialismo histórico. En la época de su decadencia, la burguesía se ha vuelto incapaz de trazarse una vía (es decir, no sólo un esquema de la historia sino también un conjunto de fórmulas de acción); por esta razón, para cerrar el camino que otras clases se proponen tomar con agresividad revolucionaria, no tiene más remedio que recurrir al escepticismo universal, filosofía típica de las épocas de decadencia.

Dejemos de lado la doctrina física de la relatividad de Einstein, de cuya aplicación, que es la última moda entre los intelectuales que discuten de filosofía en los salones, no sabemos nada, ni siquiera quizá el propio Einstein, que simpatiza con el movimiento revolucionario proletario.

Su aplicación a la política y a la historia de nuestro desdichado planeta no tendría efectos sensibles, teniendo en cuenta que esta doctrina corrige la evaluación del tiempo en función de la rapidez de la luz, y tampoco se vería alterada la cronología de los acontecimientos terrestres, teniendo en cuenta que el tiempo que tarda un rayo luminoso en recorrer la distancia más larga posible en el globo es inferior a la veintava parte de segundo. ¿Qué nos importa saber si Mussolini hace relativismo por intuición desde hace diez años, o bien desde hace diez años más una veintava parte de segundo?

Pero las aplicaciones del relativismo y del activismo filosófico a la política y a la praxis social son una vieja historia y constituyen un síntoma de impotencia funcional, simplemente. A lo único que lleva lógicamente la aplicación de estas doctrinas en la vida social es a la arrogancia subjetiva individual; sin

programas de reforma y de revolución de la sociedad, ya no se necesitan grandes organizaciones colectivas: no queda más que la acción de los individuos y, como mucho, de algunos grupos limitados independientes y dotados de la máxima iniciativa.

Las dos conocidas formas de revisión del marxismo, el reformismo y el sindicalismo, han sido escépticas y relativistas, lógicamente. Bernstein ya dijo mucho antes que Mussolini eso de que el fin no es nada y que la acción, el movimiento, lo es todo. Intentaba quitar al proletariado la visión de su meta final y, al mismo tiempo, arrancarle la concepción unitaria que implica luchar siguiendo una única dirección. Así, el socialismo quedaba reducido a una lucha de grupos inconexos por objetivos contingentes, con un abanico ilimitado de métodos a elegir, es decir, se le reducía a ese “activismo” que el Duce invoca hoy. Una actitud idéntica dio origen al sindicalismo. La crítica relativista considera que un sistema que hable a la clase obrera de la unidad de su movimiento en el tiempo y en el espacio, no es más que una antigualla mil veces refutada y enterrada. Pero esta crítica que se presenta día tras día como “nueva”, no es a su vez más que una abigarrada mezcla desgastada típica de pequeño-burgueses; se parece a ese elegante escepticismo religioso de los últimos aristócratas que, en la vísperas de la gran revolución burguesa, ya no tenían fuerza para luchar por la conservación de su propia clase; tanto en un caso como en otro, son síntomas de agonía.

Pero el fascismo, por su propia naturaleza, no tiene ningún derecho a reivindicarse relativista. Muy al contrario, se podría decir que representa los últimos esfuerzos de la actual clase dominante para dotarse de unas líneas de defensa seguras para proteger su derecho a la vida frente a los ataques revolucionarios. Es un historicismo negativo, pero un historicismo al fin y al cabo. El fascismo posee una organización unitaria de una indiscutible solidez, la organización de todas las fuerzas decididas a defender desesperadamente a través de la acción unas posiciones ya teorizadas desde hace mucho tiempo: he ahí por qué, como ya decíamos en otro artículo, se muestra no ya como un partido que aporta un programa nuevo, sino como una organización que lucha por un programa que existe desde hace mucho tiempo, el del liberalismo burgués.

El escepticismo hacia el Estado burgués, del que parece dar testimonio el manifiesto del partido fascista, no debe ni puede inducir al error. Si deducimos que, para el pensamiento y el método fascistas, la noción misma de Estado no es una “categoría fija”, estaríamos haciendo un juego de palabras desprovisto de sentido. Efectivamente, el fascismo relaciona el Estado y su función con una nueva categoría que contiene un absoluto no menos dogmático que el resto: la Nación. La mayúscula que quita a la palabra Estado, el fascismo se la añade a la palabra nación. ¿De qué manera la voluntad y la solidaridad nacionales podrían no ser expresiones “historicistas” y “democráticas”?, ¡he ahí lo que los filósofos del fascismo deberían explicarnos! Y para esto les haría falta tener una doctrina, un método crítico capaz de hacerles comprender la diferencia que existe entre su principio supremo, la Nación, y la verdadera organización actual del Estado.

En realidad, el término “Nación” equivale simplemente a esa expresión burguesa y democrática de soberanía popular, soberanía que se traduce en el Estado. El fascismo, pues, no ha hecho más que heredar las ideas liberales, y su recurso al imperativo categórico de la nación no es sino una manifestación más de ese engaño clásico que consiste en disimular la correspondencia que existe entre el Estado y la clase capitalista dominante. Con una crítica superficial se demuestra, primero, que la Nación del manifiesto fascista es indiscutiblemente una “categoría” que tiene un valor tan absoluto en su ideología, que aquel que osa blasfemar contra ella es condenado al sacrificio expiatorio...de la tunda de palos; y en segundo lugar, que esta Nación no representa más que a la burguesía y el régimen que ella defiende, es decir, la anti-categoría de la revolución proletaria.

Muchos movimientos pequeño-burgueses que toman actitudes pseudo-revolucionarias –y que, por paradójico que pueda parecer, hoy convergen todos hacia el fascismo– invocan también la ambigua expresión de “Nación”.

Sería imposible explicar por qué la Nación reside en el movimiento de los voluntarios fascistas y no en la masa desorganizada (u organizada en otras minorías), que es su enemiga natural, si del concepto de Nación no logramos extraer los elementos que nos permiten comprender que el Estado burgués, aunque hable en nombre de todos, es una organización que permite a una minoría (la burguesía) llevar a cabo su actividad. La existencia de la potente organización de los voluntarios fascistas al margen de la organización estatal no significa que estos dos elementos sean independientes, sino que se reparten las funciones que exige la conservación de la sociedad burguesa. Como el Estado necesita presentarse como expresión democrática de los intereses de todos, la milicia de clase debe formarse necesariamente al margen del Estado; esta milicia, a su vez, es tan incoherente con la filosofía que pregona que, en lugar de presentarse como expresión de una élite, reduce su programa a un vago “nominalismo”, que además tiene la propiedad de ser democrático en el sentido más tradicional y vulgar: la Nación.

El relativismo domina en las capas burguesas amilanadas y resignadas a la derrota, a las cuales su propia desorganización les muestra que el pensamiento y el dominio burgués han fracasado. La organización unitaria que surge como último recurso y que permite reagrupar y encuadrar la lucha de la burguesía, nos muestra que las fuerzas del pasado aún son capaces de unirse, pero no sobre la base de un programa que ofrecer a la historia futura (ninguna corriente burguesa puede hacer nada semejante, por tanto tampoco el fascismo). Simplemente obedecen al instinto de impedir que se realice el programa ofensivo revolucionario. Si éste hubiese sido superado en el terreno teórico por las nuevas y seductoras tesis que relucen en los artículos del líder fascista, o si la burguesía no lo considerara peligroso, previendo la futura realidad, ¡el Duce podría licenciar a sus escuadristas perfectamente y, en nombre de la filosofía relativista y activista, disolver esa pasiva disciplina a la que las tiene cada vez más sometidas!

¡VIVA EL GOBIERNO FUERTE DE LA REVOLUCIÓN!

Amadeo BORDIGA.